

ERICH AUERBACH, *La cicatriz de Ulises*, traducción de Daniel Namjías, Editorial Acanalado, Barcelona, 2025, 208 pp., ISBN: 987-84-19958-96-9.

En 2026 se cumplen ochenta años de la publicación de *Mímesis: la representación de la realidad en la literatura occidental*. Su autor, Erich Auerbach, ya era un filólogo y profesor universitario reconocido cuando se exilió a mediados de los años treinta, pero todavía no había escrito una obra maestra. Pocos años después del ascenso del nacionalsocialismo, Auerbach se marchó junto a su familia a Estambul, ciudad que lo acogió a él y a una buena cantidad de académicos alemanes con la esperanza de europeizar y acercar la cultura occidental a los estudiantes turcos. Allí, sin acceso a una buena biblioteca e intentando adaptarse a la universidad turca, Auerbach escribiría el libro que lo convertiría en una figura indispensable en la estética literaria. Desafortunadamente, años más tarde, instalado en Estados Unidos como catedrático en Yale, el autor admitiría en la introducción de *Lenguaje literario y público en la Baja Latinidad y la Edad Media* (1958), su último libro, haber fracasado al intentar continuar el camino que inició con *Mímesis*.

La cicatriz de Ulises recoge cinco artículos y catorce cartas escritos entre 1921 y 1957, además del primer capítulo de *Mímesis*, que da nombre al volumen. Los artículos nos permiten seguir la trayectoria de Auerbach; las cartas, el mundo intelectual alemán antes y después de la guerra. Es admirable la profundidad con la que Auerbach leyó a Dante, pero también la generosidad con la que intentó ayudar a amigos como Hellmut Ritter, orientalista al que la mayoría de los académicos exiliados dio la espalda por su presunta homosexualidad, cuando ni siquiera su propio futuro estaba garantizado. Las cartas de Auerbach son breves, a veces reservadas, pero valiosas; en concreto, su carta de 1938 a Karl Vossler muestra la sutileza con la que era capaz de hablar sobre la situación de los académicos alemanes que habían decidido quedarse, pese a no simpatizar con el nacionalsocialismo, o sobre la resistencia a la occidentalización de los “mejores” estudiantes de Estambul. *La cicatriz de Ulises* es, así, un volumen que consigue reflejar que para Auerbach la *pietas* y la comprensión de las infinitas capas de la realidad no eran únicamente una cuestión literaria.

Los artículos del volumen están dedicados a figuras de la literatura occidental, desde Homero hasta Marcel Proust. Incluso el capítulo *Filología de la literatura universal* es, en cierto modo, una respuesta a Goethe. *El escritor Montaigne* inaugura la sección, mostrándonos el estilo de Auerbach: como crítico, no solo se dedica a los grandes libros sino también a los grandes autores. Conoce los textos, pero también las vivencias y la formación que llevaron a su escritura. Auerbach escribe desde la admiración, como puede verse en el caso de Montaigne, a quien reconoce como el primero en escribir un libro de reflexiones laicas capaz de revelar “la desnudez más absoluta de las cosas” (p. 42) sin hacer uso de un lenguaje pomposo. La admiración fue también lo que llevó a Auerbach a reivindicar a Vico como pensador de la modernidad y lo que motivó su estudio de Dante a partir de Virgilio. *Dante, poeta del mundo terrenal* (1929) fue, de hecho, el primer libro que publicó. En *Dante y Virgilio*,

ensayo que hace de puente entre el libro anterior y *Mimesis*, Auerbach reflexiona sobre la educación de Dante y cómo, sin Virgilio, además de otros poetas antiguos, la *Comedia* no habría podido ser compuesta de la misma manera, esto es, separándose del *stil nuovo*. A su juicio, “el episodio de Francesca de Rímini sólo podía escribirlo un poeta al que el libro IV de la Eneida le había otorgado la clave de tal arte” (p. 73), pues la *Comedia*, a diferencia del *stil nuovo*, rara vez era oscura y, además, recuperaba el amor como tema. Otro escritor que llamó la atención de Auerbach fue Marcel Proust, quien escribió una novela diferente, una “verdadera épica del alma” que dejaba atrás las pretensiones de algunos poetas de abandonar el mundo terrenal. Auerbach elogia la profundidad con la que *En busca del tiempo perdido* retrata una realidad verdadera y completa, “que no tiene nada de teatral” (p. 82), pero consigue “encontrar humor en la verdad de las cosas, sin forzarlo con furia y sarcasmo como una caricatura” (p. 85).

Todos textos mencionados son previos a la publicación de *Mimesis*, obra que por su centralidad en la carrera de Auerbach no podía quedarse fuera de este volumen. En 1957, a propósito de una nueva edición hebrea de *Mimesis*, Auerbach rechazó escribir una introducción al libro porque consideraba que su primer capítulo, *La cicatriz de Ulises*, ya desempeñaba tal función. Este capítulo examina y compara los estilos de la Odisea y la Biblia, a partir del análisis del reencuentro entre Odiseo y Euriclea, su vieja nodriza, y el sacrificio de Abraham. La tesis de Auerbach era que el estilo homérico no lograba captar el sentido ni representar la realidad de manera adecuada, pues solo hacía uso del primer plano y de un presente sin perspectiva. De manera opuesta, la Biblia era capaz de crear tensión y personajes más complejos, así como sugerir significados que iban más allá de lo dicho explícitamente. Según Auerbach, el relato homérico buscaba el encantamiento sensorial, mientras que la relación entre la verdad y la Biblia era mucho más apasionada. En sus palabras, la Biblia “no pretende, como Homero, hacernos olvidar durante unas horas nuestra realidad; antes bien, aspira a someterla” (p. 107). La Biblia aspiraba a “ser historia universal, desarrollo de la idea del devenir histórico y profundización de lo problemático” (p. 120).

Pero con *Mimesis* no acabó el trabajo de Auerbach sobre la historia de la literatura. Pese a no ser un libro de las características de *Mimesis*, el ensayo *Filología de la literatura universal* es un buen cierre y una buena continuación, pues da un salto de lo occidental a lo universal discutiendo la actualidad de la *Weltliteratur* de Goethe. A juicio de Auerbach, “en una tierra organizada de manera uniforme sólo quedará una única cultura literaria” (p. 124), e incluso, una única lengua en la que escribir, pero la filología de la literatura universal todavía es posible y debe serlo, pues “lo más precioso e indispensable que hereda el filólogo es la lengua y la cultura de su nación, pero esa herencia sólo es eficaz en el desprendimiento, en la superación” (p. 140). Auerbach concluye que con el debilitamiento de las culturas nacionales, la idea de literatura universal puede ser realizada y destruida al mismo tiempo.

Eric Jiayu Martos